

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo, junto con el Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que se distribuye como obsequio para los suscriptores de la revista *El Malpensante*.

Este número 22, es una antología poética de LUIS VIDALES realizada por el poeta JUAN MANUEL ROCA, para esta colección.



N.º 22

LUIS VIDALES

ANTOLOGÍA POÉTICA

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO

2006

ISBN 958-710-109-X

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2006

Derechos exclusivos de publicación y distribución de la obra

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá, Colombia. Fax 342 4948

www.librosuexternado.com

Primera edición: agosto de 2006

Ilustración de cubierta: caricatura de Ricardo Rendón

Diseño de carátula y composición: Depto. de Publicaciones

Fotomecánica, impresión y encuadernación: PANAMERICANA,
formas e impresos S. A., con un tiraje de 12.000 ejemplares

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestrosa
Rector

Hernando Parra
Secretario General

Miguel Méndez Camacho
Decano de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo

Clara Mercedes Arango
Directora de Extensión Cultural

CONTENIDO

El paseo	9
El gato	11
La música	13
Oración de los bostezadores	15
El ángulo facial	17
Paisajes ambulantes	18
Los dos gatos	19
La noche	20
Teoría de las puertas	21
Nocturnos de turno	22
Secuencias de Monique	26
Los fantasmas del aire	30
El gran aparecido	31
Presencia del ritmo	32
Aquel que vive	35
Sagrada Biblia	36
El absorto	38
Oímos a veces un canto...	40
El viento	41
Aquí, la casa vacía	42
La casa de los padres	43
La ronda	45
En el velador un vaso de agua	46
Música de cámara para la aldea pérdida	52
EL AUTOR	70

EL PASEO

El cielo espejea entre los árboles.
Los árboles se imaginan
que están a orillas de un lago color violeta.
Nosotros advertimos el engaño
y a grandes voces espantamos a los árboles
como si se tratara
de unos altos pájaros verdes
que hubieran escondido
en el plumaje
la otra pierna.

Cuando volvemos a casa
empieza a holgar en mi cabeza
el sombrero de copa de la noche.

Vamos de brazo
—monograma significativo
que no hemos podido descifrar...

En mi pupila del lado del paisaje
llevo el monóculo de la luna.

El sueño aumenta de volumen
a través de la lente.

Si tú quieres soñar
y te hace falta un tónico
vuelve la copa del cielo
y bébete el azul!

Tú me escuchas.
Abres los ojos claros.
Y toda tú –pequeñita–
te quedas acurrucada
detrás de tus ojos claros.

EL GATO

El gato se acomoda
en el hueco del sueño.

Lo miro con tristeza
porque dormirse
es lo mismo
que perder un mundo.

Indolente
estila posturas dentro de su forma
como esculpiendo
fugitivas figuras
de gatos.

Oigo el tardo
envolver el ovillo de su música.

Y esto he comprendido.
A la hora en que los gatos duermen
–afuera– en los tejados
andan las sombras solas.
Gatos negros
que caen de la luna.

LA MÚSICA

En el rincón
oscuro del café
la orquesta
es un extraño surtidor.
La música se riega
sobre las cabelleras.
Pasa largamente
por la nuca
de los borrachos dormidos.
Recorre las aristas de los cuadros
ambula por las patas
de los asientos
y de las mesas
y gesticulante
y quebrada
va pasando a rachas
por el aire turbio.

En mi plato
sube por el pastel desamparado
y lo recorre
como lo recorrería
una mosca.

Intensamente
da vueltas en un botón
de mi d'orsey.

Luego –desbordada–
se expande en el ambiente.

Entonces todo es más amplio
y como sin orillas ...

Por fin
desciende la marea
y quedan
cada vez más lejanas
más lejanas
unas islas de temblor
en el aire.

ORACIÓN DE LOS BOSTEZADORES

*Dedicado a Leo Le Gris
Bostezador*

SEÑOR.

Estamos cansados de tus días
y tus noches.

Tu luz es demasiado barata
y se va con lamentable frecuencia.

Los mundos nocturnales
producen un pésimo alumbrado
y en nuestros pueblos
nos hemos visto precisados a sembrarle a la noche
un cosmos de globitas eléctricas.

Señor.

Nos aburren tus auroras
y nos tienen fastidiados
tus escandalosos crepúsculos.

¿Por qué un mismo espectáculo todos los días
desde que le diste cuerda al mundo?

Señor.

Deja que ahora
el mundo gire al revés
para que las tardes sean por la mañana
y las mañanas sean por la tarde.

O por lo menos

–Señor–

si no puedes complacernos
entonces

–Señor–

te suplicamos todos los bostezadores
que transfieras tus crepúsculos
para las 12 del día.

Amén.

EL ÁNGULO FACIAL

Cuando me lo presentaron le dije con inquietud:

–¿Pero qué hizo usted su ángulo facial?

La boca, la nariz, los ojos, las orejas, fuera de su sitio, aparecían amontonados en su rostro.

–Señor– me dijo el hombre de boca vertical. Una vez un prestidigitador me escamoteó el ángulo.

Desde entonces sé que como los paraguas los rostros tienen un armazón. Y que la armazón de los rostros es el ángulo facial.

PAISAJES AMBULANTES

Mr. Wilde ha dicho que los crepúsculos están pasados de moda. Es indudable que se podría disimular ese defecto si los paisajes variaran constantemente de sitio.

Eso de ver un paisaje en un mismo lugar es necesariamente aburrido. Lo contrario sería encantador. Y espectacular.

Un grupo de árboles emigrando bajo el cielo. O un árbol que pasara para la selva solo recto sobre sus innumerables patitas blancas.

Pero entonces la gente inventaría jaulas para cazar paisajes. Y un paisaje dentro de una jaula no debe sentirse contento.

LOS DOS GATOS

El gato y su sombra. Son dos gatos—pero en realidad no es más que uno. Esto me explica la divinidad. La sombra es un gato más enigmático. Es más gato. Así debieran ser todos los gatos. Untados a la pared. Sería bello verlos andar. Entonces tampoco podría dejar un gato arqueado de señal hasta donde he leído. Pero podría detenerlo en la pared y fijarle debajo un tomito de almanaque. Un almanaque es un pequeño tratado de filosofía. He intentado hacer una definición. Es tan peligroso! Pero—afortunadamente para mí—el gato ha desbaratado mis ideas—de un salto—y se ha echado en la poltrona—sobre su sombra.

De un envoltorio de piel—que parece como si una mujer lo hubiera dejado sobre la poltrona—sube una musiquilla constipada.

Ahora todo ha quedado en silencio. He visto la musiquilla destefñirse en el aire como un color.

LA NOCHE

El día es lo más ciudadano que hay. Eso no me lo puede negar nadie. El día tiene gentes y casas y pegados en las cintas vertiginosas de las calles tiene tranvías – coches – autos – etc. – etc. Cualquier día de la semana llámese lunes o sábado – está siempre lleno de ciudades. Pero la noche – ah! caray! – la noche es lo más inculto que se conoce hasta hoy. La noche está bien en los matorrales. La noche – primitiva – selvática – reacia a la civilización – es el último resto de salvajismo en el mundo. ¿No habrá quién colonice la noche?

TEORÍA DE LAS PUERTAS

Soy alguien dado a investigaciones científicas. Ultimamente he descubierto una teoría de equilibrio.

Ante todos los sabios del mundo yo siento mi teoría de equilibrio.

Cuando una puerta se abre, la puerta equidistante, al otro lado del mundo, se cierra irremisiblemente.

Por esto—y todos lo hemos visto de golpe, las puertas se cierran solas.

El día que todas las puertas se abrieran a una vez, el mundo quedaría lleno de huecos y el viento se entraría en ellos y se llevaría a la tierra por los espacios ilímites...

NOCTURNOS DE TURNO

I

Lo que pretende el pino no lo sé.
De la otra orilla del río llega el viento.
¿Puede enmendar acaso
el presupuesto de tiempo que me roe?

Gasta su última opción
el metódico mes.
El adversario da la hora en la torre.

Cierran los árboles,
las ventanas, los párpados.
¿Quién ha dado la orden?

Lo que todo esto pretende no lo sé.
Los agresores roen la madera del cielo.

II

En esta noche pone el tiempo en cintura
mi reloj de pulsera
en que oigo el grito del cosmos.
¿Pero he de morir esperando?

III

El cuervo grazna en el árbol.
No vemos el pan sino en el vacío en la mesa.
Mañana las garzas vestirán de blanco el nuevo día.
Pero ahora las ropas del lecho pesan con la noche.

Se ha muerto la ventana
porque alguien guillotínó los caminos.
Adentro se quedaron hambre y frío
y el fantasma entra en la casa
por alguna puerta secreta
porque el cuervo grazna en el árbol.

Una dama de nada como niebla
prepara los ojos de los niños.
¿Habr  visto alguien alguna vez la dama evaporada?
Los vecinos afirman haberla visto en sueños.
Dicen: es la Libertad que entra
a trasegar por las pobres moradas
cuando el cuervo grazna en el  rbol.

IV

En el rincón oscuro de la casa
el fantasma, de pie, no descansa un segundo.
Su función preferida es mirar la escalera.
En los días solares
gira un poco tras la gruesa columna
y es la única variación que se advierte en el patio.
Por las noches para él canta el chorro del agua.

Cuando miro al rincón sólo encuentro
esa lámpara de las viejas veladas
con su noche ( cu l?) hecha trizas.

No lo veo, lo sé. Pero veo a la araña
pasar por un mundo que no es el mío. Y mi sombra,
sólo ella, mi sombra, ángel negro, me guarda.

Soy un párvulo. Poseo mi propia aventura
en el aire fluido del rincón a mi alcoba.
La distancia es muy breve pero es de infinito.

Cuando miro al rincón, por la tarde,
el espectro me absorbe
ese poco de cielo que me cabe en los ojos.

En el lecho, si el niño que transporto conmigo
se acostó en la noche,
lo mismo que un torvo minero
el pensamiento se encarga de cavar mi materia,
porque el fantasma ha salido de su viejo rincón
a recorrer la casa. Tan cierto, lo juro,
que en el patio el chorro de agua enmudece.

SECUENCIAS DE MONIQUE

Me acompañaste a ver a Charlot
en el “Studio 28”.

Era una época en que no teníamos otra noche
para nuestros sueños
que la oscuridad de la sala.

Ahora que estás muerta debes recordarlo mejor.
Me decías que ese vagabundo y su oleaje de pasos
éramos nosotros
con nuestra desnudez interior,
la más sobrecogedora de todas
y hablabas de no sé qué borrasca marina.

No sé por qué ahora que estás muerta
quiero refrescarte la memoria
cuando por las avenidas
pasábamos nuevamente la película

y nuestras risas que habían aclarado la sala
volaban por los puentes
y oíamos al Sena pasar contando historias de ahogados.

Te sobrecogían cosas nimias.
Sus zapatos
señalando para destinos opuestos.
Y decías que eran
tan grandes porque entonces
¿cómo evitar las zancadillas del acaso?

Las luces en el Sena
parecían convencidas de ser las verdaderas
y su real fiesta en las noches de la semana
era un largo domingo
que se negaba a obedecer al tiempo.

Nos daban en un cielo rosa
el vaso de los bulevares.

Y tú hablabas, hablabas sin parar
del juego del reloj desbaratado
cuyas piezas sueltas comienzan a moverse
porque se trata, desde luego,
de alguna enfermedad del tiempo.

Los miércoles del bulevar
solíamos oír a Eric Satie
en el café donde se edifica la estatua de su memoria.
Y al paso de las avenidas
andábamos buscando en los reflectores
al hombre que sólo tiene en la alacena
el pez seco de una suela del zapato.

Se instalaban en tu mente y en tu risa,
en limpio vuelo, la impertinente
mosquilla hitleriana del bigote
y los gestos inútiles para espantarla.

Monique, Monique,
me acompañaste a ver a Charlot
en el “Studio 28”.

Por 70 noches no tuvimos otras 70 veces
para nuestros sueños
que la oscuridad de la sala.

Ahora que estás muerta
lo recordarás nítidamente.
Porque los muros de las avenidas ya no te guardan
y sólo el Sena sigue contando historias de ahogados.

LOS FANTASMAS DEL AIRE

Veníamos a construir nuestro olvido
al más secreto rincón de la casa
sin saber que en nuestros brazos
teníamos aprisionado el fantasma
alguien dijo no hay aparecidos
aparecidos tú y tu amiga
y supimos que un desconocido nos abriga
y guarda la reserva
¿quién pues dejó caer el corazón del universo
en la ola que pasa?
el trueno abre los granos en la era
y el girasol orienta
su campo electromagnético
¿y quién pues lo ha visto?
¿quién pues lo palpa?
así tú y yo bajo este inmenso halo
veníamos a construir nuestro olvido
sin saber que en nuestros brazos
teníamos aprisionado el fantasma.

EL GRAN APARECIDO

Un fantasma de gabardina acaba de pasar por mi lado.
Ignoro por completo lo que sus ojos miran adentro
aunque escucho con toda claridad el raspado de sus zapatos
y veo que sus huellas son de este mísero mundo.
El rictus de su boca podría perfectamente serme familiar
pero su pensamiento está escondido por un grueso y opaco
[cuerpo.
¿Detrás del arco frontal se esconde el terrible enemigo?
Lo terrorífico, lo grave es su vulgaridad cotidiana,
la irresponsabilidad que respira su empaque común y corriente.
Dentro de un minuto ya no veré al aparecido.
La esquina se lo tragará con su horrenda mandíbula.
Pero yo habré tenido tiempo de instantes como siglos,
tiempo de empavorizarme, con el disimulo de mirar hacia
[otro lado,
en que me digo: ¡un fantasma!
Y, horror, antes de perderse para siempre,
¡juro que el fantasma me ha rozado!

PRESENCIA DEL RITMO

No era un recuerdo era un perenne ritmo
cayendo, pálido, entre la voz y el sueño.
Interesando a las cosas o dándoles su color,
manso cayendo, fluyendo, con su olvido
persistente de días lejanos, cielos claros,
noches de amor, otras vidas vividas.
No. Era solo limpia, insinuantemente, un ritmo.

Era un ritmo, no más, entre la palabra y el silencio.
Actuante, tenaz, indicativo, hablando acaso
de mil presencias muertas, un grito sin saliva,
un apretón de manos ¿en qué planeta?, un cruce de caminos,
¡qué se yo!, la cadencia del llanto o sangre blanca.
Pero no. No era llanto o grito, era solamente un ritmo.

Era tan solo un ritmo, algo sin valor o casi nada.
Sin oficio en la razón o en la fecha de algún gozo.
Lejos de cuanto está aquí y al tocarlo ya no es.
La nube, el paso, el agua, el gran periódico del Cosmos.
Ninguna de esas minucias. Era un ritmo tan solo.

No era una orden de triunfo o derrota. Era un gozoso
manso ritmo cayendo sobre el nocturno vigilante de la sangre,
sin el tropiezo de la noche verdadera del pie ciego.
No era un azar, nada aleatorio ni inseguro.
Era un ritmo, era tan solo un ritmo limpio y generoso.

No era una música adormecida o despierta de otro tiempo.
Ningún recuerdo en mí de viejas marchas crecidas.
No era odio o amor, interés o abandono o el saber llevar el
[nombre
como una inscripción o anticipo de lápida a la manera de
[todos.
No. Era un ritmo, un dulce ritmo visitante, solo un ritmo.

No era voz de hambre o hartazgo ni esa alusión premonitoria
de llevar tierra en las plantas y cielo en nuestros ojos.

No era modestia, no era tolerancia de nuestra condición de
[presos.
ni siquiera el estar solo en ese punto del ser donde alguien
[aúlla.

Era sencillamente un ritmo, sin dolor ni hambre ni sed.

Digo, repito, me ha llegado un ritmo esta mañana.

Un ritmo sin congoja que ignora el afán, ni exige lucha ni
[trabajo

ni la tristeza de abotonarse y desabotonarse en una vida
ni si es condición del ser humano morder con la palabra.
No es dulce ni es amargo, violento o suave, alegre o triste.
Es un ritmo, un ritmo, y ahora ha venido a mi compañía.

AQUEL QUE VIVE

Si veo una flor ella se refleja en mí que soy su espejo
si te miro en mí estás porque tengo la facultad del agua
no se quien sea más fugaz el día o yo
corres nube lucero hoja pero no me alcanzas
mañana cuando te encuentre cielo de plétora
ya iré más lejos que tú
cuánto rezago ya cuánta sobra
y yo cristalino no muestro lo copiado
manso río del aire oculto río
atrás o delante de mí?
cuán bello en el capullo el balbucir del olvido
con el color y el aroma que lo lleva en la entraña
cuán bello rosa árbol día eternidad
y yo sin dejarme alcanzar o ya muerto?
o ya vivo?
el fruto en el árbol vaya inocencia ignora
que es el ahorcado
y sin embargo esto aquello yo
todo vive en su vida para eterna memoria.

SAGRADA BIBLIA

Esta morada al norte tenía una nube mosaica
para que fueras a una tierra que nunca irías a tocar
salvo con la apertura de tus ojos y la amarradura de tus venas
pero que estaría presente en tu profundo ser de espejo
en que la precaria flor es ya la flor eterna.

Por entre aires lacónicos y campiñas perseguidas
la Babel se sostenía en los “espectáculos para hoy”
pero su rascacielos ya no es sino un trazo de lápiz
una cicatriz sobre el papel de esta poesía de papel.

Pero allí donde se forjan los inenarrables hervideros
las grandes putrefacciones para una hierba de luz
o el sucio sueño de la placenta para la limpieza del hijo.

Allí donde cantan su melancólica canción de cañerías
las alcantarillas de las grandes ciudades

como la voz auténtica de la historia del hombre
vista por el lado de su inedición desconsiderada.

Pueden reventar poderosas crisálidas
capullos de monjiles universos
entre larvas documentales y altos cielos impunes
para toda clase de racionadas mariposas.

Puesto que hay una aurora de aceptables circunstancias
una divina aurora de conveniente tarifa
que está haciendo la gloria de esta torre en cenizas
y el solemne edificio del avión ha edificado su casa.

Eh amigos de los cuatro puntos cardinales
mirad en el cohete interplanetario la torre de Babel otra vez
[levantada.

Y la vaca de la creación muge sobre los abismos.

EL ABSORTO

Embebido en el diario, tatuado de letras,
una leve caída de otoño
al vuelo de las páginas.

Comprendía la última noticia entre los árboles
en la voz del labriego el paisaje
en el trigal el alfabeto de los campos.

El absorto. Leía
la llamada sideral en la ola,
en el río los pequeños ayeres
y en la entepiel del rostro
el color de Judas tiñendo conciencias.
Definitivamente, el absorto.

La piedra no dejada de musitar
su estelar procedencia.

Una vez preguntó: ¿de qué árbol será la madera
de la cruz que preside
las fugas del tiempo?

Y oyó la sonrisa de los objetantes.

OÍMOS A VECES UN CANTO ...

Oímos a veces un canto
bajo la delgada piel del alma, ¿es ésta acaso su voz?

En su huso de luceros teje su tela la vida
y ya no sé cómo me vistes, árbol, flor;
cómo, cielo de hoy, sigues mansamente mi ruta,
ni cómo darle al verso este olor a limón.

Eternidad del oleaje, la curvatura del pétalo
le da la vuelta a la rosa en la curvatura del cosmos,
y he aquí que en la ancha sala del aire
nuestra voz sabe pulir sus ánforas.

Oímos a veces un canto ...

La noche duerme al fondo del amor.
La noche. Y el hijo como beso crecido.
Oímos a veces un canto en la provincia del corazón.

EL VIENTO

Este viento que viene es desconocido.
no es ninguno de los de nombre propio.
No es de mar ni de montaña.
Ni es ninguno de los huracanes medidores de nudos.
Es un desconocido este viento que llega.
Desde la prehistoria viene, cruza las edades.
Toma fuerza en las selvas de hombres, no de árboles,
Crece, crece, ya está con nosotros, y puede pasar.
Este viento es suave y sedoso.
Pero es la rebelión este viento, este viento.

AQUÍ, LA CASA VACÍA

A las 2 de la tarde se le ha perdido el número en la lluvia
y entre los árboles la casa tiene el martes carcomido
una voz que pretende haber llegado de quién sabe qué planeta
se reduce hasta ser un vientecillo convencido de que es hoja
desde el fondo del ser no muy adentro hay un bramido
que insiste en echarle cal de otros días a la casa
nada es posible nada
cuando la rueda del tiempo ya no muele
y su inmenso caballo relincha a la orilla del río
un salto a las 2 y media y otra vez la claridad
haciéndonos creer que es distinta a la de hace millones de años
todo parece haber cambiado pero detrás de esta casa
en medio de las cosas insistentes
día y noche desde el principio del mundo de los vivos
el pino espera al ahorcado.

LA CASA DE LOS PADRES

Nocturno en pleno día.
La página de cristal de la casa
es de difícil lectura.

No se que me ocurre con solo recordar
en este río que pasa por las calles
las nubes de nohacemucho.

Alguien corre bajo la lluvia.
¿Qué cosa es esa especie de flamenco,
de fantasma de ave o pájaro agorero
volando a ras de tierra bajo la lluvia
con el modesto nombre de paraguas?

¡Hace tan poco le vi llevarle al brazo
como el azor de otros tiempos!

Alguien corre ahora con este espectro izado.
La lluvia lo cubre de un ropaje más celeste
que el del sol cuando nos hace más de día
por un costado que por otro.
Su sombra debe andar ahora por sirio.

La chica de mi cuadra vocea el periódico de la tarde.
Cuando salgo
no puedo contener la imagen
de un ángel con las alas plegadas recostado a mi puerta.
Su voz es el único círculo que no moja el agua
y no importa que la luna no haya asomado su círculo,
se sabe que está ahí, rondada por cohetes.

Los poetas de antaño se horrorizarían de su mentirosa beldad.
Como nosotros ahora
bajo la página del cristal de la casa
mirando en el río de las calles
ya de lodo y basuras que el agua arrastra
las nubes que no ha mucho hacían soñar a los poetas y a los
[niños.

LA RONDA

Llevar un río en uno cantando como un niño
y el mar del tiempo en uno mugiendo a las estrellas
noche
y día
y entrar al sueño solo, lo que se dice solo,
tan solo acompañado por el ser de otros días
sin que valga en el lecho
la pantalla de cine de la almohada
ni el cobertor en que los dedos cierran
la adormidera de un país gigante...
el país encendido en que me encuentro
sin que valga en el lecho compañía
y de pronto soy puerta que se abre
y por el otro mundo que todos conservamos
desfila la ronda de fantasmas.

EN EL VELADOR UN VASO DE AGUA

Leer tu continente no era fácil
hace 35 años,
la escritura de tu boca y tus pasos,
la poderosa palabra de tu modo de ser,
por culpa, solamente, del muro que habitamos.

Ahora veo tan solo una sencilla cosa:
ese vaso de agua sobre la mesa
y de repente digo: “tú”, no más que eso.

Ignoraba que eras este viento de las 11 y media de la mañana
o en el inmenso naufragio del camino, a lo lejos,
la lucecilla batallando por ayudar a la noche.
Ahora estas luces completan su retrato:
tu mano de escritor educaba a los hombres
crecidos desde párvulo como tus letras más gruesas,
y hoy son muchedumbres, países

—quién pudiera creerlo— esas páginas tuyas
sobre las transformaciones de la madera, la danza,
el traje azul, la última rana,
la oración para que no muera el hombre,
y más amplio el espacio ocupado por los barcos
con su sirena.

Te ibas de polizón por el río;
fumabas en la ciudad cigarrillos de hoja de eucaliptus
de tu propia invención,
y recomendabas la tibia dama de “Espectadores” y “Tiempos”
contra las excesivas noches bogotanas, saturadas
del frío que transita desde las constelaciones.
Aún estoy viendo las palmeras que había en tu peculiar modo
[de andar,

aún recuerdo tu sombrero
con cierto arriscado de órbita.
¡oh! tú, habitante de tu sombrero de anchas alas
para imponerle al cielo su equilibrio,

tasarle su crudeza
y darle graduación a su intranquilo vuelo.

Saber la poesía es como ser niña,
tener 14 años y el himen en suspenso.
La sabes tú, que en el aroma reconocías
la sombra transparente de la rosa,
y en su envoltura misma la danza, el signo de esa danza
remota y muy cercana de nosotros.
Caminos cruzados te habían cruzado la frente,
la brasa del ojo izquierdo
y la mano del corazón
porque la otra quedó intacta para el correo de la escritura.
La insomne catarata fluyendo hacia los luchadores tenaces,
hacia los patrulladores de los más duros sueños.

Por ti todo estará igual y como antes:
se sentirá la sangre, al soslayo, golpear hacia la muerte
tal como pasa el río y deja sus imágenes.

Seguiremos mirando las cuatro paredes de la luna,
y como si no te hubieras ido, en la casa
el ángel de los vientos golpeará los cerezos.

Por virtud de tu propia maravilla
–del pensamiento que se apoyó un día en tu pared de huesos–
de tu lengua, que al fin conoció el sabor del frío,
oías los golpes del artista
como el corazón de la escultura erguida
en que el sonido es ya mudez de piedra.

Amigo, muerto pero no interrumpido,
con siete en vez de cinco sentidos, contando la escritura
y tu aureola magnética ceñidora del mundo.

Regreso a ti, pan de remota espiga.
Por tu implícita fuerza,
era una fruta cósmica la piedra,
aeropuerto de aves, el naranjo, en el patio

y más que el sol de agosto calentaban
los días del recuerdo.

Por ti parecía volar, de estación a estación,
el jet de la hoja,
y a zaga de tu sueño serán lentas las naves estelares.

Porque tú lo eras todo, y puedo pintarte si te digo:
“despreocupado árbol;
tarde del Bajo Magdalena;
uso del sol para el discurrir pausado de la yerba
entre la revolución sideral y el paso tardo del ganado”.

En los pulmones del reloj oíamos tu marcha.
En la maquinilla rizada de los cogollos;
en el cambio de batuta de los días del trópico,
nadie, evidentemente, podrá silenciarla.

Te llamábamos, tal como eras, te llamábamos;
Luis Tejada
para diferenciarte del calor y del frío,
de la lluvia,
del ave de tibio pecho,
del perro de estrecho círculo de vida y larga mirada.

Luis Tejada te llamábamos para no confundirte con el río y
[el hombre,
las selvas, las multitudes,
los florecientes capullos,
todos los Luises Tejadas, en fin, luchadores de la tierra.

Leerte todo esto fue difícil hacer 35 años.
Ahora, cuán sencillo y claro:
veo sobre el velador ese vaso de agua.
La noche límpida lo dora suavemente;
y digo, no más que eso digo: “tú, Luis Tejada”.
Eso tan solo digo, insistente claridad del mundo.

MÚSICA DE CAMARA PARA LA
ALDEA PÉRDIDA

A Calarcá
Al doctor Ramón Londoño Peláez
A Baudilio Montoya
A Adel López Gómez
A Camilo Orozco

Eramos habitantes de una tierra
donde en guaduas y palmas se hacen verdes los vientos.
Los días se tendían en las hojas de plátano
y el cielo en su gigante molino para todos trabaja.

Desde los primeros pasos en la pared nuestra sombra
nos relacionó con los mundos remotos.
Pero lo que más nos podía atraer era ver juntos
la palma de corozo y el gran cielo estrellado.

En el corredor de la tarde
el padre narraba historias de la guerra.

Tamañas, una a una, las estrellas subían.
Y todo esto aumentaba enormemente la población de la aldea.

En la oscuridad alguien pasaba por el camino.
¿Anima o criatura mortal?
La brasa del tabaco era lo único visible de aquel hombre,
pero su silbo quería llegar hasta lo alto.
Allí donde el río del tiempo golpea las siderales piedras.

¿Quién era ese hombre de la tierra de los bambúes,
de los bambúes que luego serán, sencillamente, casas,
y ahora son casas verdes que maduran
al sol, al aire, al agua, al viento, a la lluvia?

Vivíamos entonces en la calle Versalles
que aunque no lo supiéramos era una porción del mundo:
Las noches eran claras como días de otro tiempo
o profundas como salas de cine,
y un naranjo en el patio era anfitrión del alba.

Nuestro padre era una doble entidad: su presencia
y, ausente, era un padre de aroma en el olor del armario.
La ropa de los sábados en los paños de roble
olía a limpio, a familia, a “nosotros”.

En las pencas de cabuya grabábamos nuestros nombres.
Las estrellas del pueblo eran todavía campesinas.
Eran tan límpidos los colores del cielo
que el adentro y el afuera en nosotros era una tenue línea.

La cerca era de guadua con un idioma claro
porque fue en su lenguaje que se alzaron los términos
de los hogares, en la extensa comarca.
Así aportó una voz nueva su regreso al paisaje.

La aldea había nacido del claro de la selva
cuando nosotros éramos aún niños en la mirada del padre.
Su cuna de pueblecillo se meció entre nosotros.
Era en nuestra familia como el hijo más grande.

Benicio Herrera fue el primer cadáver que vimos en el mundo.
Su muerte, trágicamente hinchada, era de láudano.
Aquí vive en nosotros y ni siquiera necesita
volver a Calarcá a recoger sus pasos.

El hombre, allá en el monte, daba golpes de hacha.
Llegaban hasta el pueblo los golpes, retardados.
El brillo del metal, a trechos, era un rayo en la plaza,
y del cedro saltaban las astillas de santo.

Conga andaba con nosotros por los platanales.
Como una gran sala húmeda nos acogía la penumbra.
Eramos Dafnis y Cloe. Nada en el mundo fue que esto más
[grande:
aspirar una cabellera que la vida perfuma.

Grande es la eternidad de que estamos dotados.
Una rama de sauco, la rosa de un día, una bola de viento,
Conga, Palomino, la loca Hermelinda, Contrafuerte, Tomijo,
en nosotros están y no buscan alojamiento.

Este solar de tierra de Colombia nos duele
con un dolor de aquellos que no es grito ni grita.
Pueden velar los ojos cosas muy simples, por ejemplo:
pensar que en Calarcá nuestra madre fue niña.

Usamos este amor para tomar fuerza en la vida,
porque no hay mayor belleza que la utilización de las cosas.
Lo usamos como se ama la aparición del día
y porque no le estamos pidiendo explicación a la aurora.

Hoy es difícil entender nuestra amistad con el bosque,
con la súbita aparición de la fruta en el huerto de oro.
Lo sabe únicamente quien comprenda
que el cielo de la noche, pleno de tierras rutilantes, se refiere
[a nosotros.

Para la guadua amarilla no había tiempo perdido.
¿Cuándo, en cuál instante crecía, palacio contra el viento?
Subía sin sentirlo y en las cinturas de su tallo
le veíamos revisar el empleo del tiempo.

Ahora estamos aquí para que todos sepan
que vivimos de quienes murieron por nosotros,
porque siempre estará presente una rosa
para dar testimonio de las que perecieron.

Una mañana la tierra se movió como un mueble.
Aterrados vimos cómo se ladeó la mañana.
Nuestro círculo familiar, en el patio, cayó de rodillas.

De pronto, entró a nuestro círculo, hincose
y bramó largamente hacia el cielo la vaca “Encerada”.

El hermano muerto atraviesa la plaza.
El árbol es el único que puede verlo ahora.
De los miembros del viejo hogar en que todos nacimos
el guadual es el único que reverdece y sueña.

El limonar de la casa estaba muy atareado
en pintar de amarillo sus esferas de olor.

Cada día le hablábamos con las mismas preguntas
y nuestra palabra era el retrato del limón.

La nube de la mañana al cenit ya no estaba.
Ya no estaba la rosa cuando volvíamos por ella.
En el ojo del cielo sucedían muchas cosas,
y así nos enteramos del desahucio del hombre.

En el sol de la vela se quemaba la noche.
Un caballo por nuestra calle, desbocado pasaba.
Como no le veíamos, era rojo, con cola de viento.
Como no le veíamos, era el caballo del tiempo.

Un día feliz es piedra rara aun para que un niño la encuentre.
En las bolas de cristal los guardábamos.
Y hoy, los bellos días están en nosotros porque, secretamente,
con llanto que no asoma, les pedimos que se quedaran.

Eramos un país que cultiva sus muertos
y en su centro a los héroes ignotos levanta un obelisco.

Nuestro país se llama, no más, Calarcá niña,
y nuestra llama eterna al viento grita: “¡Congal! ¡Palomino!”.

A veces, de repente, a una hora dada,
sucesos lejanísimos estaban transcurriendo.
La quietud lo ocultaba, mas de pronto recibíamos
el dato de la hoja desprendida del árbol.

El maizal ante nosotros permanecía indiferente.
Miraba hacia un lugar, lejos de nuestra presencia.
Pero embelesados sabíamos que no podíamos distraerle
porque estaba ocupado en envolver sus mazorcas.

El domingo nacía de nosotros y, en seguida, del cielo.
Las señoras pasaban en zuecos a la misa de siete.
Alto, ceñudo, desde la mitad de la plaza,
don Rafael Gutiérrez las oía sentado en su taburete de cuero.

Cuando los fundadores convocaron a ellos todas las cosas,
la guadua, obediente, se inclinó a su servicio.

Fue casa, lecho, mueble, cerco, talanquera, tarro de ánfora,
[viga
y por sus canales el agua pasó corriendo a buscar la familia.

Plinio Cifuentes, Ramoncito Correa, Doctor Norris, grita el
[aire.

Todos, aquí, presentes tras el olvido del ámbito.
Nuestra madre María Antonia Estrada bien viva que luce.
Sólo una leve línea separa las dos categorías de habitantes.

Porque a veces venimos a preguntar las cosas viejas
que en otro tiempo fueron juveniles y alegres.
¿La casa de nuestros padres ya no es sino el aire?
¿Cómo le ha ido a Pío Agustín López?
Y Calarcá responde: “Ya están crecidos de muertos”.

A la piedra, madre humilde, mirábamos con singular cariño.
El burro de felpudo se sentía de nuestro círculo.
Todos éramos iguales o parecidos, y decíamos:
nace el fruto del árbol y la oración del hombre.

Nuestra aula mayor se llamaba intemperie.
Fuimos los escolares de sus claras gramáticas.
Eran días de espejo las noches de diciembre
y en el cielo temblaban los sustantivos de oro.

Nos preocupaba la belleza de la rosa,
en lo que acaso andase un sabor a ceniza.
¿Todo en el mundo, ¡ay!, debemos contemplarlo al revés
y jamás lo miraremos desde su punto de vista?

Como éramos niños no comprendíamos nuestra culpa.
El cielo se enojaba como suele enojarse,
y las lluvias torrenciales que cruzaron la infancia
las guardamos, más bellas de lo que entonces fueron.

En las charcas volvían a madurar los espacios.
Cantarinas bajaban las quebradas
porque se sabían aguas del cielo.
“¡Pescador! ¡Sardinata!”, hoy les gritamos
y aún siguen pasando por el tragaluz de la infancia.

Asistíamos a un prodigio que no se halla en los cuentos.
Pegábamos el oído a la guadua redonda
y en su escalera interior sentíamos subir, tramo por tramo, la
[savia.
Su clausura dejó para siempre en nosotros una voz melancólica.

Pertenecíamos a la raza de las nubes, los ríos, los vientos,
y como hijos obedientes de los designios del ámbito,
cuando el cielo se dormía para la estación de la noche
nuestras miradas caían como la hoja del castaño.

La manga de nuestra niñez luce ahora de plaza.
Ya debe estar muy adentro el grito del hermano
que hacía en el aire un dibujo lindo de la vaca “Encerada”.
Pero vaca negra, ternero manchado, grito, manga,
sin crecer ninguno ni un palmo,
con el hermano son ahora resplandores del alma.

Quien no vea casas en las cañas de los guaduales
no verá tampoco la flor en las veraneras.

Quien no vea cuartos, cumbreiras,
no verá en el maizal el fruto anual del buñuelo.

En asientos de bambú se enamoraron nuestros abuelos y abuelas.
En camas de bambú juntaron su ritmo universal cuando eran
[jóvenes.

El ritmo universal que hoy somos
y que transmitimos para que otros sigan el camino.
En camas de bambú fue recibida la leve presión de la muerte.

Cuando llegaron las langostas, más sabias por sus alas que
[nosotros,
vivimos por semanas los cielos amarillos.
Y aunque las miríadas, por sí solas, hicieron el otoño,
fueron un poema tierno, sin retórica y rima.

Un día, simplemente, llovieron sardinatas.
Verlas sobre el tejado, muertas, era algo de maravilla.
Y aunque nos dolían el sino del arroyo y las fuerzas airadas,
fue un poema hermoso, sin retórica y rima.

Las sorprendentes cosas son siempre las sencillas.
Por el corredor entrábamos a la vaca “Encerada”.
El tigre por las noches, os digo, solía cruzar el pueblo.
En la calle real sus huellas veían los hombres de la mañana.

En lares del abuelo murió la tía Carlota.
Las estrellas hacían nuestro dolor más infinito.
Turbio se hizo a nuestros ojos el mundo del regreso a la casa.
De pronto, una ráfaga de fulgor sin par:
los ojos encandilados de una rata.

A los secretos mundos de que era llave el pie
nos íbamos los días como buenos hijos terrestres
a trabar parentesco con plantas, bestezuelas, aguas, brisas.
Y una mañana vimos sobre el dombo del cafeto
un rojo cardenal arder puro, sin ceniza.

La ventana de nuestra casa era muy animada.
Rica de colorines se agitaba el día de mercado.

Pero cuando por la noche, a postigo cerrado, la filtraba una
[estrella,
ya era demasiado y veíamos que quería saberlo todo.

“¡Los arrieros!”, gritaban los pilluelos. E invadían la aldea
horizontes de lomos de mulas canelas y bueyes barcinos.
El cielo se vestía su mulera más limpia.
La tolda abría en el lomaje la azucena de los caminos.

Los cafetales acurrucados en faldeos y honduras
parecían guardar algo a nuestras miradas indiscretas.
Y en el inmenso silencio del gualanday caía una hoja
como de un ángel cae una pluma.

La luna de Calarcá la teníamos alquilada
para que se colocara en el solar detrás del abano.
Así éramos fieles a la tierra y al cielo
y a las distancias que parpadeaban en el clarín de los gallos.

En la canícula refrescábamos la mejilla
con la larga y verde hoja de plátano.
Nuestras caricias recorrían a la ensimismada
pero bajo su influjo permanecíamos callados.

Simón Bolívar desde su retrato, en la sala,
vivía imperturbablemente fijo en la familia.
A nosotros nos parecía que pasado el tiempo de las batallas
su única ocupación era la de educarnos.

Eramos de la materia de las nubes, los árboles, los ríos, los cielos.
Aprendimos a mirarlos como nuestros antepasados.
Y el alba magnífica y el esplendor de la rosa
nos enseñaron a no preguntar por la premura del tiempo.

En estas comarcas, suaves lomajes, hondonadas,
en días altos o dormidos en bosques alelados,
solíamos oír el viento que dice entre las copas altas:
“Qué bueno es ser, amigos, colombiano”.

De súbito, en algún agosto ensimismado,
un bribón frutalero con olor a chulupa.
El resplandor de un toche por la ventana mágica del ojo,
o el rumorero del “Pescador” muriendo tras la puerta.

Todos éramos haces: guaduas, rebaños, árboles, nosotros.
A la raíz de los padres la tierra nos apegaba.
Pero nuestra pobreza, siempre, se asombraba al verlos
vestidos de domingo entre semana.

No hay nada más hermoso que el esmalte de la guadua,
en la que hicimos nuestro aprendizaje de caricias.
La dulce “sub-terra”, ella sola, ¿de qué secreto se valdría
para barnizarla de tan suntuosas lacas?

Bondadoso con nosotros era el árbol del patio
que vestía el buen tiempo con la hoja nacida.
Y como todo un programa para la criatura y su sino
se prolongaba la noche para buscar el día.

Eran lindas las vísperas con los claros colores
que al cielo le prestábamos para que luciera mejor.
Eran lindas las vísperas y las fiestas ya menos
porque no hay día del cielo que no sea penúltimo.

En alta noche oíamos el piar dentro del huevo,
toda la sinfonía inmensa de la vida. Y no más.
Algo sencillo y grande como la voz del clásico.
Era la poesía intacta, sin retórica y rima.

En alba de sigilos asomó con sus telas de aire
el gusano que un día no levantaba un palmo de la tierra.
Ignoramos aún qué cosa triste abandonó en la crisálida.
Mas fue aquel un bello poema, sin retórica y rima.

Sin saberlo vivíamos en un ceremonial copernicano:
La semilla a su padre el árbol otra vez daba la vuelta.
Y los trescientos sesenta y cinco días del año
eran una cintura más en la palma de cera.

Nos interesaba el olor de las grandes borrascas
y las estrellas sordas de la lluvia en el suelo de tierra.
Oírla bajar al pueblo, zapateando, de la boca del monte
o, hijos del cielo, incorporarla a nuestros juegos, en las tupias.

Y ahora comprendemos, Calarcá, tu belleza,
y en los paisajes tuyos la poesía sin rima.
Por cuanto así es la hermosura, una vez dijo Dios:
“Suntuoso es el traje del lirio del campo, y no hila”.

Calarcá, en tu loor nos arrancamos del ser esta escondida
lonja de viejos sueños. En ellos quede tu alma.
Que la paz sea contigo, y que en tu hermano cielo
el ángel de la nube se detenga en la plaza.

1964

LUÍS VIDALES (Calarcá, Quindío, 1904, Bogotá, 1990). Fue el verdadero renovador y vanguardista de la llamada Generación de Los Nuevos. Su libro *Suenan Timbres*, de 1926, significó un cambio radical en la poesía colombiana, adelantándose a la corriente latinoamericana denominada como “antipoesía”. Publicó además *La Obrería* (La Habana, 1978), *El Libro de los fantasmas* (Bogotá, 1985), *Poemas del abominable hombre del barrio de Las Nieves* (Bogotá, 1985) y el volumen preparado por JUAN MANUEL ROCA *Antología Poética*, (Universidad de Antioquia, Medellín 1985).

En 1945 publicó su *Tratado de Estética*, ejerció la crítica de arte, la política y la cátedra en varias universidades colombianas. En 1948 editó, a pocos días del asesinato de JORGE ELIÉCER GAITÁN, *La insurrección desplomada*, libro sobre los sucesos trágicos del 9 de abril y en 1973 el volumen *La circunstancia social en el Arte*.

Es uno de los fundadores del Partido Comunista de Colombia, sufrió persecuciones, cárceles y desahucios, huelgas de hambre y un largo exilio en Chile. En 1982 recibió el Premio Lenin de la Paz y el mismo año el Premio Nacional de Poesía por Reconocimiento, por parte de la Universidad de Antioquia.

Fue estadígrafo de profesión, periodista y polemista. Poeta insular, de estilo muy personal, por su humor y su imaginaria onírica es de difícil clasificación en el mapa de la poesía colombiana.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas - Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett
21. *Álbum de los adioses*, Federico Díaz-Granados
22. *Antología poética*, Luis Vidales



Editado por el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en agosto de 2006

Se compuso en caracteres Garamond de 10 puntos
y se imprimió sobre papel periódico de 48.8 gramos,
con un tiraje de 11.500 ejemplares.
Bogotá, Colombia

Externado
120 años de educación para la libertad